

## Para un diálogo entre sordos

**Arturo Arango**

*Narrador y crítico. La Gaceta de Cuba.*

En lugar de escribir esta réplica a las observaciones que Rafael Rojas dedica a mi artículo «Cuba, los intelectuales ante un futuro que ya es presente», quizá sea suficiente pedir al lector interesado que, por favor, regrese al número 64 de *Temas*<sup>1</sup> y vuelva a leer lo que allí aparece de la página 80 a la 90. Rojas, en más de una ocasión, adjudica derivados de los verbos «alterar» y «tergiversar» como calificativos a las interpretaciones que hago de algunos artículos o ideas suyos, y yo deberé acudir a adjetivos similares para referirme a la lectura que él hace de mi texto. Como, obviamente, hay en juego algo más que interpretaciones equivocadas o mal encaminadas, acepto la invitación hecha por *Temas* y ejerzo el derecho a responderle.

Las primeras tergiversaciones de Rojas tienen que ver con los propósitos de «Cuba, los intelectuales...». Rojas me acusa de mantener «en la opacidad o la distorsión los principales mensajes» de las obras de ensayistas cubanos que radican fuera de Cuba (en «la diáspora»). En todo caso, con los mismos argumentos podría decirse otro tanto de los que viven dentro de la Isla, de los cuales solo están citadas, de manera muy parcial y limitada, opiniones o ideas de Desiderio

Navarro, Fernando Martínez Heredia, Julio César Guanche y Víctor Fowler (algunas de ellas, tomadas de entrevistas breves), y no, por dar algunos ejemplos muy evidentes, las de Rafael Hernández, Mayra Espina, Jorge Luis Acanda, Leonardo Padura, entre otros que él mismo menciona.

Más adelante escribe Rojas: «La tesis central de Arturo Arango, en este artículo de *Temas*, es que los intelectuales cubanos, dentro y fuera de la Isla, se posicionan de modo diferente ante el futuro cubano». Si esa fuera la tesis de mi ensayo, su obviedad haría innecesaria cualquier demostración. Pretendí, ante todo, caracterizar *algunas posiciones de la intelectualidad*<sup>2</sup> «ante el futuro cubano», independientemente de si esos sujetos residen «dentro» o «fuera de la Isla». La demanda anterior de Rojas coloca mi ensayo en una polaridad que no está en su letra ni en su espíritu, sino en una lectura equivocada: aquella que dividiría el arte y el pensamiento cubanos según el lugar de residencia de sus autores, en la Isla o en otros países. En «Cuba, los intelectuales...» la palabra «diáspora» no aparece jamás, y «exilio» en una ocasión, referida a *Encuentro de la Cultura Cubana*; me importan más las ideologías que

las direcciones postales, y pido al lector de estas páginas que tenga en cuenta un dato que Rojas no ignora: desde hace varios lustros pertenezco al equipo de redacción de *La Gaceta de Cuba*, revista que ha trabajado por restaurar en nuestra cultura las fracturas entre el «dentro» y el «fuera», y esa labor comenzó desde antes de que se fundara la revista *Encuentro*, a la que Rojas concede el mérito de entender que «el campo intelectual cubano incluía, además de todos los creadores de la Isla, las principales publicaciones de estos».<sup>3</sup>

Insisto en que a mí me sucede con su réplica lo mismo que a él con mi ensayo. Por momentos, al leer «Diásporas, intelectuales y futuros de Cuba», tuve la impresión de estar ante un texto de ficción: el artículo de Rojas coloca al mío frente a un espejo y polemiza con una imagen que, progresivamente, se va pareciendo más a las proyecciones de quien mira que al cuerpo original que es observado. Dicho de otro modo: Rojas construye un texto virtual al que oponerse.

Por ejemplo, me resulta paradójico que un académico riguroso cometa el desliz de colocar entre comillas palabras o expresiones que parecerían tomadas textualmente del ensayo con el que dialoga cuando, en verdad, no aparecen allí. Obsérvese el verbo «dice», que agudiza todavía más la confusión. Escribe Rojas: «Dice Arango, por ejemplo, que en *El estante vacío* se sostiene una “idea unívoca” del socialismo». Más adelante, vuelve a entrecomillar: «no es unívoco». Invito al lector a que busque la palabra «unívoco», o su femenino, en «Cuba, los intelectuales...». No la encontrará.

En ocasiones, Rojas también opta por diluirse en un vago plural, ¿socializado? Escribe: «A Arturo Arango le llama la atención que algunos escritores de la diáspora reconozcamos la existencia de una corriente “socialista crítica” entre los intelectuales de la Isla». No leo en mi texto ese asombro que se induciría de la frase «le llama la atención»; en todo caso, me referiré a un solo intelectual (preferiría decir de la «oposición al socialismo cubano», mejor que de la «diáspora») que reconoce la existencia en Cuba de una corriente crítica de pensamiento dentro del socialismo: Rafael Rojas. Es decir, «algunos escritores de la diáspora» es solo uno, que resulta ser Rojas. No obstante, si ese reconocimiento parece relevante en él, es porque antes negó la posibilidad de un pensamiento independiente, crítico, dentro de la Isla, que no fuera el de los opositores al gobierno. En enero de 2003, en un texto titulado «Las lecciones de Guadalajara», escrito a raíz de la Feria Internacional del Libro de esa ciudad, dedicada a Cuba, afirmó:

[E]l nuevo pacto entre los intelectuales y el poder en Cuba se basa en que los escritores gozarán de todos los beneficios del Estado —publicaciones, difusión, agencias editoriales, premios, reconocimiento, viajes...— mientras no disientan del liderazgo de Fidel Castro ni del sistema político de la Isla.

La mayoría de los escritores cubanos ha aceptado ese acuerdo. Algunos, como Cintio Vitier, Roberto Fernández Retamar, Miguel Barnet o Pablo Armando Fernández, se acogen a dicha transacción porque admiran a Fidel Castro y creen en las virtudes de su régimen. Otros, como Antón Arrufat, César López, Leonardo Padura o Abilio Estévez, reservan sus críticas para el espacio privado, a cambio de la seguridad que necesitan para producir sus obras. Solo unos pocos, como Raúl Rivero y Antonio José Ponte, se han atrevido a incorporar la crítica del régimen a un perfil de intelectual público, capaz de crear un arte literario y, a la vez, asumir las demandas de una responsabilidad histórica.<sup>4</sup>

No era una opinión nueva en él, si leemos este fragmento que data de 1997:

Noto en el lenguaje reciente de algunos políticos de la Isla cierta promoción del modelo de letrado aséptico, neutral, oblicuo, que no se contamina con los problemas públicos del país. Y noto, también, que esa promoción es asimilada, pasivamente, por la gran mayoría de los intelectuales que residen en la Isla. Es natural, nadie quiere meterse en problemas. De esa manera se ha llegado a un nuevo pacto entre los intelectuales y el poder: antes, en los 70 y todavía en los 80, el intelectual, si quería sobrevivir, debía dar testimonio de su adhesión política al gobierno; hoy, hasta esa adhesión se ha vuelto peligrosa porque entraña cierto grado de politización, y el intelectual, para recibir el beneplácito del poder, solo tiene que encerrarse en su torre de marfil, a solas con una obra previamente despojada de todo mensaje político, por muy alegórico que este pueda ser.<sup>5</sup>

Sin embargo, en *Tumbas sin sosiego* esa percepción parece haber cambiado algo. Allí admite:

En la última década se ha producido un notable desplazamiento del viejo tópico del «intelectual y la revolución» hacia otras zonas más complejas de asunción del compromiso ideológico y la crítica pública, que no recurren a la tradicional identidad entre la sociedad civil y el Estado. Varios escritores cubanos residentes en la Isla (Ambrosio Fornet, Leonardo Padura, Arturo Arango, Rafael Hernández, Desiderio Navarro) se han acercado al tema por medio de un sutil abandono de la función del intelectual en tanto sujeto plenamente adscrito a los aparatos ideológicos del Estado, y de una recuperación cuidadosa del rol de «conciencia crítica» en la sociedad civil.<sup>6</sup>

A propósito del mismo asunto, en su respuesta a «Cuba, los intelectuales...» Rojas se duele de que le reproche «mencionar solo media docena de socialistas críticos». Parece que «reproche» es una palabra excesiva para el caso: en una nota al pie digo, sin enmendarle la plana a persona alguna, que «la lista es mucho más abarcadora». Rojas me aclara que él se limitó a aquellos en quienes observa «aproximaciones concretas al repertorio intelectual del neomarxismo». A mí, sin embargo, me parece conveniente recordar que la tendencia de un pensamiento crítico dentro del socialismo no es de fecha reciente, y tiene entre nosotros una historia más larga y fecunda. A mi juicio, una de sus

corrientes principales procede del marxismo que Rojas llama guevariano. El que tal vez haya sido su núcleo principal se constituyó en torno a la revista *Pensamiento Crítico* y la mayoría de sus integrantes ha continuado elaborando hasta hoy una obra de indudable valor, y ejerciendo su magisterio, dialogando con sucesivas generaciones de intelectuales. De hecho, tanto Iván de la Nuez como Julio César Guanche fueron, en sus etapas formativas, muy cercanos a Fernando Martínez Heredia. Ambos son intelectuales de izquierda, uno asentado en Barcelona y otro en La Habana. Y ya sabemos que el deber de los alumnos es transformar y negar la obra de sus maestros.

Otra de las curiosidades que ofrece el artículo de Rojas es el esfuerzo que concentra en desmontar mi supuesta noción de intelectual orgánico. El epígrafe que dedica a este asunto enfrenta, sin embargo, una incongruencia esencial: yo no me ocupé de la idea del intelectual orgánico. En «Cuba, los intelectuales...», la palabra «orgánico» no aparece. El sustantivo «organicidad» podrá encontrarse en dos ocasiones: en una cita textual del propio Rojas y en una glosa a dicha cita. Pero, en este caso, se trata de algo más que de palabras o precisiones textuales. Rojas quiere hacer creer a sus lectores que asumo tal organicidad (la gramsciana), que la creo posible, y la fundamento en ideas de Edward Said y Pierre Bourdieu. No sé con cuánta prisa haya leído Rojas mi ensayo, pero la cita de Bourdieu no se relaciona en lo absoluto con este asunto, sino con la falsa apariencia que puede tomar el pensamiento conservador, en lo que el sociólogo francés llama «contrarrevolución simbólica».

Rojas dice: «El propio Arango se acerca a la suscripción pública del partido único en la voluntad de ser “intelectual orgánico”, con lo cual su “socialismo democrático” adquiere contenidos institucionales muy precisos». El desplazamiento retórico es admirable: comienza por adjudicarme una voluntad de ser intelectual orgánico, que contendría la de la necesidad del partido único, lo que, a su vez, condiciona los límites de mi noción de socialismo democrático. El problema de construcciones ficcionales de esta naturaleza es que basta con suprimir el primer ladrillo de la pirámide, en este caso la «voluntad de ser “intelectual orgánico”», para que la estructura se venga abajo por su propio peso.

Doy por sentado que el profesor Rojas debe conocer bien el pensamiento de Said, y, aún más, que ha leído su artículo «El papel público de los escritores y los intelectuales»; me baso en ese texto para especular en torno a la posibilidad de otro tipo de acciones públicas ejercidas no solo desde el pensamiento teórico sino sobre todo desde la literatura y, agregó yo, el arte. No obstante, si Rojas desconoce ese breve ensayo de Said,

las citas que hago dentro de «Cuba, los intelectuales...» no dejan lugar a dudas. A riesgo de abusar de los lectores, reitero una de ellas:

En la aurora del siglo XXI el escritor ha asumido más y más atributos de adversario propios del intelectual en actividades como decirle la verdad al poder, dar testimonio de la persecución y el sufrimiento, y proporcionar una voz discrepante en los conflictos con la autoridad [...] y el especial papel simbólico del escritor como un intelectual que testifica la experiencia de un país o región, dándole así a esa experiencia una identidad pública inscrita para siempre en la agenda discursiva global.<sup>7</sup>

Quisiera también releer, de otra manera, un párrafo de Rojas que ya cité en «Cuba, los intelectuales...». El párrafo en cuestión, tomado de *El estante vacío* y que cito ahora *in extenso*, es el siguiente:

El dilema de muchos intelectuales que, en la isla, todavía sostienen críticamente la identidad «socialista» (Desiderio Navarro, Víctor Fowler, Julio César Guanche, Arturo Arango, Rafael Hernández, Celia Hart...), deseando imprimirle un contenido antiestalinista o postsoviético, radica en que el socialismo cubano, institucionalmente, no ha dejado de ser totalitario. Esos intelectuales aspiran, por tanto, a una «organicidad» imposible o solo alcanzable, después de un cambio de régimen, en un gobierno democrático de izquierda. Definirse como «socialista» en La Habana<sup>8</sup> hoy, pretendiendo con ello una inscripción en la plataforma neomarxista, resulta, entonces, un gesto contradictorio, ya que el adjetivo es asumido por el poder como una muestra de lealtad incondicional.<sup>9</sup>

Rojas ha añadido ahora un nuevo eslabón a la cadena: en el primero, solo existirían convencidos, oportunistas y opositores; en el segundo, también algunos intelectuales socialistas y críticos; en el tercero, existimos, pero nuestra acción es imposible. Rojas presupone dos actitudes en esos intelectuales críticos, y a partir de ellas levanta, de nuevo, su especulación: *aspiramos* a ser orgánicos, a lo Gramsci; y al definirnos como «socialistas» *pretendemos* inscribirnos en la plataforma del neomarxismo. Podría invitarlo a que fundamente, al menos en mi caso, aquella *aspiración*. Pero no quiero desviarme en otras precisiones semánticas o retóricas. Sus reiteradas especulaciones me pueden estar autorizando a ensayar mis propias conjeturas acerca de sus propósitos.

Algunas de las ideas de Rojas que he venido reproduciendo se sostienen en el mismo principio vertical, totalitario, a cuya oposición él dedica casi toda su labor intelectual. El Estado, o el gobierno, o el Partido cubanos definen, ordenan, orientan, y los intelectuales que vivimos dentro de la Isla, carentes de ideas propias, desprovistos de otras motivaciones que no sean las de hacer en paz nuestras obras, confinados en nuestras torres de marfil, acatamos de manera servil aquello que nos viene de los estamentos superiores. Obviamente, admitir que en Cuba existe (y ha existido)

una intelectualidad viva, diversa, contradictoria, cuyas obras —ciertamente, a veces, en medio de conflictos de mayor o menor intensidad—, logran establecer una rica comunicación con sus receptores inmediatos, es reconocer que ese totalitarismo no es tan absoluto.

Veamos otra conclusión de Rojas que afirma lo anterior: «Cuando un intelectual cubano dice que es “socialista” quiere decir que acepta que la cultura sea dirigida por una “vanguardia” política que, en la práctica, no es más que una burocracia estatal».<sup>10</sup> Al parecer, para Rojas todo sucede de manera vertical; los modos como opera el gobierno de esa «burocracia estatal» nunca son modificados, presionados, incluso obstruidos, por la acción de los intelectuales o de otros actores sociales tan atendibles, existentes, como los primeros. Dentro de ese espectro en el que a los socialistas no nos queda más alternativa que la sumisión o la subordinación, me gustaría conocer dónde colocaría Rojas a los intelectuales críticos que viven, se reúnen y debaten en Cuba; animan proyectos socioculturales que discuten problemáticas surgidas en la sociedad civil cubana; promueven espacios de diversidad y diálogo; se expresan y difunden sus ideas por varios medios impresos y electrónicos.<sup>11</sup>

Toda la ficcionalización creada por Rojas en torno a «Cuba, los intelectuales...» parecería focalizarse en este punto: la imposibilidad de algunos intelectuales para ser, a un tiempo, socialistas y críticos. Pero, ¿qué ocurre cuando la realidad demuestra lo contrario? ¿Cómo sostener el argumento de que el arte y la literatura cubanos han derivado hacia el apoliticismo —impulsados por las orientaciones de la burocracia cultural— frente a la existencia de acciones culturales de un fuerte cariz político, alternativas, contestatarias, para colmo de izquierdas, y realizadas en espacios institucionales de la Isla? A esas expresiones, realizadas casi siempre por jóvenes, y que confirman las tesis de Said sobre acciones de participación políticas desde las especificidades del arte y la literatura, dedico la parte final de «Cuba, los intelectuales...». A Rojas le parece que esa es la zona «más interesante» de mi texto, pero apenas la atiende con unas breves líneas.

Hay otra curiosa<sup>12</sup> modificación que hace Rojas de mi ensayo y en la que necesito detenerme. Asegura que doy una interpretación equivocada de la concepción de la democracia en la obra de Iván de la Nuez. Empleo siete veces la palabra «democracia», y una vez más «democratización», y en ningún caso asociadas a las citas o referencias que hago de algunos textos de Iván, cuya obra conozco muy bien, y coincido letra por letra con la descripción que de su pensamiento traza Rojas. De nuevo, no dedicaré una línea a indagar en las razones de esa extraña manera de leer que tiene Rojas. Sí me interesa distinguir que esa radicalización de la democracia que

él identifica como un rasgo del pensamiento de De la Nuez se relaciona, a mi juicio, con la importancia que cobran en él otros actores sociales, con las dinámicas que tiene en cuenta en el interior de los procesos que analiza. No me extraña que Rojas no comprenda el sentido con que cito esas líneas de Iván, procedentes de *Cuba y el día después* o de un artículo suyo en *El Periódico de Catalunya*. En ellos, De la Nuez da cuenta de los cambios que ocurren en los individuos, o de los que esas personas de a pie requieren; su readecuación a nuevas circunstancias no solo nacionales, sino también globales, su acción independiente, horizontal, no necesariamente sometida a los dictámenes o vaivenes del poder: transformaciones todas que también, o principalmente, están definiendo un rostro distinto de Cuba y van anticipando la configuración de su futuro.

Tengo otra coincidencia casi absoluta con algunas líneas del artículo de Rojas: «La diferencia en el posicionamiento depende de lo que cada quien entiende por democracia», dice. Y yo: «El hecho de que una palabra como democracia aparezca en unos y otros no garantiza en lo absoluto coincidencia de criterios, sino todo lo contrario».<sup>13</sup>

He escrito en más de una ocasión que el socialismo solo será perdurable si logra ser democrático.<sup>14</sup> Mi idea de la democracia, no muy bien configurada, digamos que difusa, utópica, acaso irrealizable, se relaciona con la participación de las mayorías en la toma de decisiones a cualquier nivel, y es inseparable de la equidad en la distribución de las riquezas. También aspira a que se respeten por igual la soberanía de la nación y los derechos de los individuos, incluida, obviamente, su libertad de expresión. Esa noción primitiva, admito que *naïf*, presupone que las diferencias sociales son el primer obstáculo para el ejercicio de una democracia verdadera. Por eso, cuando Rojas escribe la palabra «democracia» se crea un enorme abismo entre sus figuraciones y las mías. En un artículo de 2001, titulado «Las ventajas de una buena derecha»,<sup>15</sup> Rojas opina que el zapatismo «entorpece» la democracia mexicana. Desde mi punto de vista, esta está entorpecida, frustrada esencialmente, por el secular empobrecimiento, por la marginación a que históricamente han sido sometidos los pueblos indígenas, entre otros sectores de su población.

Creo que una última coincidencia entre las ideas de Rojas y las mías está en el hecho de que ambos pensamos, de manera obsesiva, en el futuro de Cuba. Él aspira a la liberación del mercado y a un tipo de democracia que se agota en lo electoral, y para ello anhela la formación de una «buena derecha»; yo, a la democratización del socialismo y a su sustentabilidad económica. En las condiciones de Cuba, su ideal me parece tan incongruente como a él le resulta el mío. La refutación que hace Rojas de mi ensayo, y tal vez esta

respuesta, confirman algo que ya dije antes: los cubanos participamos en un diálogo de sordos. Las opciones que puede ofrecer el futuro parecen radicalmente opuestas, y para unos y otros hay en juego valores imprescindibles. La razón, como sabemos, la tendrán durante algún tiempo los vencedores de esta enconada porfía.

## Notas

1. Arturo Arango, «Cuba, los intelectuales ante un futuro que ya es presente», *Temas*, n. 64, La Habana, octubre-diciembre de 2010.
2. Recuerdo a Rafael Rojas que en el artículo citado advertí: «Los cuatro modelos definidos por Navarro no agotan, obviamente, todas las opciones para pensar el porvenir de Cuba» (ibídem, p. 86), precaución que ya el propio Desiderio había tomado antes: «En estos momentos hay en nuestro país *por lo menos* cuatro modelos de sociedad y de cultura en lucha no solo a escala macrosocial, sino a menudo hasta dentro de una misma cabeza» (Desiderio Navarro, «¿Cuántos años, de qué color? Para una introducción al Cielo», en Desiderio Navarro, comp., *La política cultural del período revolucionario. Memoria y reflexión*, Centro Teórico Cultural Criterios, La Habana, 2008, p. 11. El énfasis es mío. A.A.)
3. Aprovecho para conjurar un peligro que Rojas cree ver en la publicación de mi artículo. Según él, tergiverso ideas de un libro suyo inaccesible para la mayoría de los lectores de *Temas*. Si en algo lo consuela el dato, «Cuba, los intelectuales...» fue escrito a solicitud de la ensayista y profesora Mabel Moraña, de Washington University, St. Louis, para integrar el volumen *Rethinking Intellectuals in Latin America*, publicado el pasado año por Iberoamericana Vervuert. Espero que los lectores de ese libro puedan acceder con facilidad a *El estante vacío*, de Rojas, y no ser víctimas pasivas de las alteraciones que, al parecer, cometo sobre su libro.
4. Rafael Rojas, «Las lecciones de Guadalajara», *Letras Libres*, n. 49, México, DF, enero de 2003, p. 102.
5. Rafael Rojas, «Políticas invisibles», *Encuentro de la Cultura Cubana*, n. 6-7, Madrid, otoño-invierno de 1997, pp. 24-36.
6. Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego*, Anagrama, Barcelona, 2004, pp. 399-400. En especial, resulta llamativo que Leonardo Padura, que en 2003 aparecía agazapado, como oportunista inconforme pero prudente, un año después estuviera incorporando el papel de conciencia crítica.
7. Edward Said, «El papel público de los escritores y los intelectuales», citado por Arturo Arango, ob. cit., p. 87.
8. Rojas dice que tergiverso su obra cuando aseguro que suele sustituir Cuba por La Habana. Si no es así, entonces presumo que en Pinar del Río, Holguín o Santiago de Cuba se puede ser crítico y socialista sin mayores contradicciones.
9. Rafael Rojas, *El estante vacío*, Anagrama, Barcelona, 2009, pp. 144-5.
10. Ibídem, p. 145.
11. Véase, por ejemplo, Isbel Díaz Torres, «¿Qué es el Observatorio Crítico?», *Red Protagonista Observatorio Crítico*, La Habana, 24 de marzo de 2011, disponible en <http://observatoriocriticodesdecuba.wordpress.com>.
12. Escribo el adjetivo «curiosa» para evitar el tendencioso «malintencionada».
13. Arturo Arango, ob. cit., p. 84.
14. La más reciente de ellas en «Cuba: los responsables del futuro», *El País*, Madrid, 13 de mayo de 2010. Se republicó en los sitios digitales cubanos *La Jiribilla* y *UNEAC*. También en «Cuba, los intelectuales...» hablo de la necesidad de una «remodelación democrática del socialismo».
15. Rafael Rojas, «Las ventajas de una buena derecha», *Encuentro de la Cultura Cubana*, n. 20, Madrid, primavera de 2001, pp. 265-71.